

¿Adónde va la economía de México?

DR. EDMUNDO FLORES

Hace alrededor de dos años, en una conferencia sobre el desarrollo económico de los países atrasados celebrada en la Universidad de Cambridge, un profesor inglés, impaciente ante la vacua e interminable oratoria de los delegados de los países subdesarrollados, me pidió que explicara sucintamente a qué atribuía yo que la economía mexicana hubiera crecido tanto, a diferencia de las economías de la mayor parte de los países latinoamericanos, asiáticos y africanos.

Su tono perentorio me hizo improvisar: “México ha crecido —le dije— porque quienes inventaron y dirigieron su política económica nunca pusieron un pie en Cambridge, la Escuela de Economía de Londres o Harvard y, afortunadamente, no sabían nada de Mill, Marshall, Keynes o Harold Lasky”. Mi impertinencia no ilustró mayor cosa al profesor inglés, pero al menos lo hizo callar. En cambio, a mí me dejó muy preocupado. La antiintelectualidad de mi réplica se ajustaba a la verdad, pero resultaba tan poco halagadora para mi profesión, la economía, que me hizo darle vueltas desde entonces a lo dicho en aquella oportunidad, aunque ya sin la intención de defenderme o de molestar a alguien.

La ejecución frontal, relativamente sin vacilaciones, y el sorprendente éxito de las medidas iniciales más importantes de la política económica de la Revolución mexicana, reforma agraria, construcción de obras públicas, financiamiento *deficitario* de éstas y de la educación, y expropiación del petróleo y de los ferrocarriles, deben atribuirse en gran medida a la venturosa

indiferencia que los dirigentes mexicanos mostraron respecto a las ideas y doctrinas económicas a la sazón en boga en el exterior. Esta indiferencia se explica como una fuerte reacción en contra de la élite de Porfirio Díaz —quien gobernó a México ininterrumpidamente de 1884 a 1910—, élite que adoptó el positivismo como doctrina oficial, y cuyos miembros orgullosamente se llamaban a sí mismos “científicos”. El rechazo categórico de las ideas y actitudes de los “científicos” impuso una especie de selección natural que llevó al poder a quienes menos se parecían a ellos e hizo que la Revolución mexicana adoptara en lo posible una postura indiferente respecto a lo que acontecía en el resto del mundo.

De la ausencia de un plan concreto con objetivos bien definidos y del éxito subsecuente de la política económica de México se desprenden dos conclusiones preliminares: primera, las revoluciones son demasiado importantes como para dejarlas en sus etapas iniciales, en manos de los economistas y de los políticos; y, segunda, *el deseo genuino y obsesivo de desarrollar a un país, por parte de sus dirigentes, parece ser el ingrediente fundamental de todo el proceso*, pues obliga a experimentar, a remover o modificar las instituciones que inhiben el progreso y a encontrar, a base de ensayo y error, caminos que llevan a éste. Por otra parte, obliga a los economistas a explorar su historia económica, a buscar sus motores, a inventar y poner a prueba hipótesis que expliquen y justifiquen lo sucedido, y que proporcionen las bases para acelerar el crecimiento futuro.

En la primera parte de este artículo trato de cumplir la tarea que acabo de asignar a los economistas: intento señalar, a grandes rasgos, las causas principales del crecimiento de la economía desde 1910 hasta el presente. En la segunda, examino las posibilidades abiertas al país en el futuro inmediato.

EL PRAGMATISMO DE LA REVOLUCION

Durante la primera etapa de la Revolución (1917-1940 —de Carranza a Cárdenas—) los mexicanos, improvisando a cada paso, sin teoría y sin plan, rompieron con muchas creencias entonces en circulación, ideadas por los economistas clásicos ingleses. Juzgadas retrospectivamente esas ideas aparecen como racionalizaciones victorianas disfrazadas de ciencia que, si bien sirvieron al desarrollo de Inglaterra, resultaban dañinas o inocuas fuera de ésta. Como esto aconteció mucho antes de que Joseph Schumpeter iniciara el estudio sistemático moderno del desarrollo económico y de que John M. Keynes creara la nueva economía, el pragmatismo mexicano dio una gran libertad a quienes entonces hicieron la política económica de México.

Así, libres del dogma de la economía clásica, cuando los mexicanos tuvieron que confiscar tierras y repartirlas entre millones de campesinos, lo hicieron pese a que no existía, como ahora, una teoría positiva de la reforma agraria. Y cuando se hizo evidente que era necesario expropiar el petróleo, los ferrocarriles y el telégrafo, los expropiaron a reserva de negociar su pago eventual; en tanto que Perón, seguramente actuando como imaginaba que lo haría un caballero inglés, dilapidó la gran reserva de oro acumulada por Argentina durante la segunda guerra mundial, comprando ferrocarriles viejos y caros y pagando por ellos al contado.

El atraso industrial de hace cinco décadas y la turbulencia de la lucha armada, en la que la mayor parte de los medios de producción fueron destruidos, hicieron que durante los primeros treinta años de la Revolución la agricultura fuera casi la única fuente de capital para el desarrollo urbano-industrial. Recuerdese que entre 1910 y 1941 el capital nacional escapó al exterior.

La aplicación de las leyes agrarias hizo que se confiscaran por igual tierras y propiedades de nacionales y extranjeros. En 1929 se suspendió formalmente el servicio de la deuda pública exterior. En 1937 Cárdenas nacionalizó los ferrocarriles y, en 1938, el petróleo. La imagen del *mexican bandit* cundió en el extranjero. No es de extrañar que la posición financiera internacional de México haya sido precaria; tanto o más que la de Cuba en la actualidad.

A fines de 1941 México volvió a gozar de la respetabilidad financiera internacional, cuando el presidente Avila Camacho y el presidente Roosevelt firmaron un convenio en el que México se comprometió a pagar en bonos alrededor del 12% del total de las reclamaciones extranjeras.

Entre 1910 y 1921 la inversión extranjera en petróleo fue cuantiosa. La producción de petróleo creció al 43% anual y su valor subió de 33 millones de pesos en 1910 a 1 773 en 1921. A partir de 1921 la inversión extranjera en petróleo y minería declinó.

Entre 1910 y 1941 se registraron dos insólitos casos de llegada de capital por circunstancias ajenas a lo que pasaba en el país: los refugiados judíos en busca de asilo, después de que Hitler tomó el poder en Alemania, trajeron capital; y los repu-

blicanos españoles, al ser derrotada la República por Franco, supuestamente trajeron una parte del tesoro español.

Además del capital financiero, bien vale mencionar lo que se llama "capital humano" o "capital no-convencional" que vino del exterior. El concepto se refiere a la capacitación técnica, científica o artística de un grupo de individuos. La mayor parte de los refugiados judíos y españoles representaban, en efecto, capital humano de primera. Muchos eran hombres de ciencia y técnicos entrenados en las mejores universidades europeas; otros eran hombres de letras, artistas, filósofos y pensadores notables. Este grupo ayudó incalculablemente al desarrollo ulterior del país. Sin duda, el crecimiento de la economía mexicana no hubiera sido tan rápido ni firme de haber faltado la participación de los técnicos e intelectuales europeos que hallaron refugio en este país y contribuyeron tesoneramente a edificar el México moderno.

Por otra parte, la Gran Depresión en Estados Unidos hizo que volvieran al país más de 150 000 mexicanos, entre los cuales había numerosos obreros calificados y técnicos.

Pero consideradas estas excepciones, hay que hacer hincapié en que *entre 1910 y 1941 no vino capital extranjero a México; por el contrario, muchos mexicanos ricos enviaron su dinero al exterior y agravaron así la difícil situación financiera del país.* Para aumentar la tasa interna de formación de capital e industrializar el país no quedaron más que dos caminos: 1] el doloroso e inevitable recurso de exprimir, cuanto y como fuera posible, al sector agropecuario, lo que explica en parte su penuria actual, y, 2] transferir trabajadores del sector agropecuario al sector industrial y urbano y emplearlos en actividades que incrementarían eventualmente la capacidad productiva del sistema.

EL GRAN SALTO HACIA LA MODERNIZACION

Desde 1910, la población se triplicó y pasó de quince millones a cerca de cincuenta en la actualidad.

La tercera reforma agraria más grande del siglo —después de la rusa y de la china— prácticamente tocó a su fin. Antes de la Revolución, el 3.1% de la población, o sea aproximadamente 470 000 personas, eran terratenientes; el 96.9% restante carecía de tierra. Existían 8 400 grandes haciendas y 48 600 propiedades de tamaño menor. La reforma agraria distribuyó más de 67 millones de hectáreas de tierras de todas clases (más del 50% de toda la tierra arable del país) entre 2.6 millones de campesinos, y creó 20 000 nuevos ejidos y aproximadamente 40 000 pequeñas propiedades.

La entrega de la tierra destruyó la fuente principal del poder y del ingreso de la vieja oligarquía, emancipó a los campesinos, dio a la población rural movilidad vertical y horizontal, eliminó el sistema de castas, e hizo posible, por primera vez en la historia de México, que el ciudadano común y corriente pudiera mejorar las condiciones de vida de él y de los suyos. Todo esto dio por resultado una estabilidad política sin precedente.

Además, la posesión de la tierra permitió que los campesinos consumieran sus productos, y causó una gran escasez de alimentos en las ciudades. Esta obligó al gobierno a hacer esfuerzos desesperados para modernizar la agricultura y lo llevó a construir las presas modernas, planeadas y construidas por mexicanos, con las que hoy se riegan cerca de 6 millones de hectáreas, y a la construcción de carreteras modernas, hasta hoy unos 67 000 kilómetros.

También se registró una fenomenal expansión urbana. En 1910, la ciudad de México tenía menos de 500 000 habitantes; hoy pasa de 7 millones. Todo esto generó una enorme demanda de cemento, hierro y otros productos de la industria de la construcción, y de bienes manufacturados de consumo popular que reforzó el aumento de la tasa de formación de capital, puesto que la expansión del capital es función de la tasa a que pueden expandirse las industrias de la edificación y de la construcción.

En los últimos 30 años el producto agrícola bruto creció a un ritmo medio de 4.4% anual a precios constantes, crecimiento sólo superado por Japón e Israel. El consumo de fertilizantes es un indicador significativo del progreso agrícola: desde el período 1948-52 el consumo de fertilizantes de nitrógeno aumentó 24 veces; el de fosfatos 10 veces y el de potasio 5 veces.

Hasta hace diez años México importaba trigo cada año y maíz cada vez que no llovía lo suficiente —dos de cada cinco años. Gracias a la introducción de variedades de altos rendimientos y de sistemas modernos de cultivo, México no sólo logró satisfacer la demanda creciente causada por el aumento de la población y por el incremento del ingreso medio *per capita*, que casi se triplicó al pasar de 200 dólares al año en 1949 a 560 dólares en 1969, sino que, además, empezó a exportar trigo y maíz en 1963.

Este fue un golpe formidable en la sustitución de importaciones puesto que en la década 1950-60 se importaron cerca de 300 millones de dólares de trigo y maíz y en lo que va de la década presente se exportaron más de 300 millones de dólares de ambos granos.

Inexorablemente la fuerza de trabajo campesina también aumentó de 3.5 millones en 1930 a alrededor de 7 millones en la actualidad. Lo que significa que, según el Código Agrario, existen 3.5 millones de campesinos con derechos para ser dotados de tierras, pero ya no hay tierra que repartir. En 1980 la población rural ascenderá a 8.9 millones y el número de campesinos sin tierras será entonces de 5.5 millones.

Sin embargo, la vieja guardia agrarista, todavía con el entusiasmo de los buenos tiempos, y ciertos miembros de la izquierda pasmada, con una estoica falta de información, proponen seguir repartiendo tierras a base de disminuir la extensión legal de la pequeña propiedad. Esta política conduciría a dotar a cada mexicano, a perpetuidad, de una parcela de 2.5 metros de largo por un metro de ancho y tres de profundidad, como en todo panteón que se respeta.

LA ARITMETICA DEL DESARROLLO

Bromas aparte, la pobreza del campesino no puede remediarse manipulando la organización individual o colectiva que los partidarios de las ideologías corrientes discuten con tanta pasión. Que la empresa agrícola en un país sea de propiedad individual o colectiva depende de preferencias tradicionales o ideológicas y de limitaciones ecológicas y técnicas, y no determina la prosperidad o fracaso del sector. El factor estratégico es la *proporción de la fuerza de trabajo que se dedica a la agricultura respecto a la proporción total de la población activa y su capacidad para asimilar innovaciones tecnológicas*. Si la proporción de la fuerza de trabajo es alta, el ingreso medio del sector será bajo y viceversa. Concretamente, mientras la agricultura ocupe en México tantas personas no podrá aumentar significativamente la produc-

tividad, ni la producción *per capita*, ni el nivel medio de vida. Esto no significa que no existan numerosas posibilidades de mejorar la situación individual y familiar de campesinos y ejidatarios; por el contrario, hay mucho por hacer en la aplicación del Código Agrario, en la tecnificación del campo y en la educación y otorgamiento de servicios sociales a los campesinos. Sin embargo, hay que hacer hincapié en que, irónicamente, *la clave de la pobreza o prosperidad del sector agrícola se halla fuera de éste, en el desarrollo de la industria, los servicios, y el comercio exterior*.

Colin Clark, prestigiado economista inglés, concibió hace más de 30 años la idea de buscar regularidades estadísticas significativas en el comportamiento de los sectores y variables económicas importantes de los países que habían logrado desarrollarse. En 1940 publicó *Las condiciones del progreso económico*, obra que inició la investigación sobre lo que hoy se llama la "aritmética del desarrollo". Así se descubrieron relaciones causales, coeficientes e indicadores que sirven para diagnosticar el estado de una economía y determinar su posición respecto a otras economías, o a través del tiempo en la misma economía —como la medición de la presión arterial, del metabolismo y los electrocardiogramas sirven en la medicina moderna. Esta forma de investigación produjo un cuerpo creciente de ideas que hoy forman parte lo mismo de la econometría que de la administración de empresas y de la elaboración de proyecciones.

Así se puso en claro que, independientemente de las ideologías, lo fundamental para desarrollar una economía es tomar y ejecutar ciertas decisiones relativas a la inversión y al consumo globales e implantar determinadas actividades productivas siguiendo ciertas secuencias predeterminadas. *La meta es el aumento continuo del producto por hombre ocupado*. Si esto se logra en el volumen necesario, se liberan poderosas fuerzas, que antes se hallaban en estado latente, y se ponen en marcha procesos multiplicadores que dan por resultado que aumente la ocupación, mejore la distribución del ingreso y crezca continuamente el producto nacional.

La aritmética del desarrollo exige que la proporción de población activa en la agricultura disminuya, en términos generales, de más del 70% a menos del 30% y que concomitantemente aumente la población ocupada en la industria y los servicios.

Afortunadamente para México, el crecimiento industrial y el de los servicios ha sido aún más espectacular que el agrícola. Desde 1940 hasta 1968 el producto industrial creció en promedio al 7% anual y el de los servicios al 5%. La producción de lingote de acero aumentó de 102 800 toneladas métricas en 1930 a 3 millones de toneladas en 1967; la generación de energía eléctrica aumentó de 1.4 millones de KWH en 1930 a 20.9 millones en 1967; la producción de cemento aumentó de 224 000 toneladas métricas en 1930 a 5.5 millones en 1967; la producción de petróleo subió de 106 351 barriles diarios en 1938 —fecha de la expropiación— a 410 750 barriles diarios en 1967.

El sector servicios cobra enorme importancia en una economía moderna. Aquí encaja el turismo, actividad que en los últimos diez años ha sido nuestra fuente principal de divisas. En 1929 nos visitaron 29 000 turistas y 1.8 millones en 1968, que gastaron más de 1 000 millones de dólares, suma que equivale al 80% del valor de las exportaciones del mismo año.

Entre 1940 y 1960 el aumento de la ocupación no agrícola fue notable, pues creció aproximadamente al 4% anual. Aparte de Formosa, donde existieron circunstancias especiales, éste es

el único caso de que se tiene noticia que exceda la tasa de 3.7% registrada en Japón entre 1955 y 1964.

La industria se ha diversificado y ha comenzado a producir un torrente de bienes, muchos de ellos de bajo precio: radios, libros, máquinas de coser y de escribir, motocicletas, medicinas, cosméticos; y otros de precio no tan bajo: automóviles, tractores, motores diésel, etcétera.

Puesto que México no puede en realidad aspirar a hallar en el futuro inmediato mercados para exportar el grueso de esta corriente de bienes en aumento continuo —que con frecuencia todavía no están perfectamente acabados— la única salida de que dispone es el mercado interno. Esto significa que el futuro desarrollo de la industria depende en gran medida de la creación de un vasto mercado nacional. A su vez, este mercado no alcanzará la magnitud necesaria a menos que se llegue a la ocupación plena o a un nivel cercano a ésta lo mismo en la agricultura que en la industria y los servicios. Actualmente la industria productora de bienes de consumo popular opera entre el 30 y el 50 por ciento de su capacidad, debido a la estrechez del mercado interno.

LAS FUERZAS EN JUEGO

Para tener una idea, por aproximada que sea, del futuro de la economía, es necesario considerar la magnitud y el curso probable de sus variables estratégicas. Estas son:

La población y su control

La población actual, casi 50 millones, continuará creciendo a tasas elevadas, puesto que el control de la natalidad o la planeación familiar no son parte de la política oficial ni es probable que sean adoptados en el futuro cercano. Más enfáticamente, aun en caso de que lo fueran, suponiendo las técnicas más modernas de control de la natalidad, las tasas de crecimiento no variarían apreciablemente en los próximos 20 años. Esto obliga a considerar el tamaño de la población como una variable independiente o factor dado y ajeno a manipulaciones que, para bien o para mal, ascenderá a 70-76 millones de habitantes en 1980.

Megalópolis: el éxodo del campo a la ciudad

En 1980, la fuerza de trabajo agrícola será de 8-9 millones, cerca del 42% de la mano de obra total. El éxodo del campo a la ciudad se habrá intensificado. La población urbana llegará a 70% y la rural a 30%. Los campesinos se habrán volcado en las ciudades, sin nada que los detenga, conscientes de que en éstas gozarán de mayores oportunidades para sus hijos aun careciendo de trabajo. La ciudad de México a la que actualmente llegan cada día alrededor de mil familias y salen 300 familias derrotadas en su intento de establecerse en ella, sobrepasará los 15 millones de habitantes. Monterrey y Guadalajara excederán los dos millones.

El hambre de las mayorías

Actualmente, el 60% de la población total de México tiene un ingreso menor de 120 dólares al año y pasa hambre. Sin embargo, su nivel de vida y la distribución real del ingreso no

podrán aumentar a base de buenas intenciones o de presiones de grupo, sin que aumenten *antes* apreciablemente la ocupación y la productividad por hombre. Fuera del mundo socialista, el ingreso y las oportunidades se distribuyen entre quienes son propietarios de tierra productiva, capital, regalías o empleo. El que no trabaja, ni es rentista, ni inventor o compositor con éxito, no come; excepto si alguien lo mantiene. La cruda realidad es que cualquier aumento del consumo por medio de salarios más altos sería efímero y frenaría la tasa de acumulación de capital. Esto no quiere decir que no se deba gravar a los grupos de alto ingreso; por el contrario, hay que hacerlo, pero los impuestos así captados deben destinarse primordialmente a aumentar la inversión y la ocupación, no el consumo.

El desempleo semioculto y brutal

Se admite que el desempleo es la causa principal de la pobreza del mexicano, pero aun entre los economistas se habla poco de él porque es un fenómeno de descubrimiento reciente, extraño a la vieja retórica de la Revolución. Determinar su intensidad es difícil porque, a más de ser una dolorosa condición objetiva, es un estado de ánimo gestado por la violenta modernización de nuestra sociedad. Para tener una idea clara de lo anterior es bueno recordar que en la época feudal existía el ocio pero no el desempleo. Cuando una sociedad tradicional se industrializa, muchas personas que antes subsistían pasivamente inmersas en la tradición —los campesinos, la mujer casada— deciden buscar empleo remunerado, acicateados por el deseo de adquirir las para ellos maravillosas baratijas que produce la industria nacional y exhiben los supermercados o los miles de servicios que ofrece la ciudad. *Si buscan empleo y no lo hallan, a los salarios vigentes, se convierten en desocupados.*

Ni siquiera sabemos cuántos desocupados hay en México. Según el Censo de Población de 1960 su número era de 167 000, equivalente al 1.4% de la población económicamente activa. Lo absurdo de esta cifra revela el desconocimiento real del problema. De hecho, el número de desocupados debe oscilar entre el 30 y el 40 por ciento de la fuerza total de trabajo (incluyendo personas empleadas en actividades de ínfima productividad que encajan en el vago concepto de la "desocupación disfrazada" al que también podría llamarse "mendicidad disfrazada" i.e. vendedores de chicles, cuidadores de coches, cargadores, limpiabotas, etc.). Como la fuerza de trabajo es de 15 millones de personas, debe haber entre 4.5 y 6 millones de personas desocupadas: dos terceras partes de campesinos y el resto habitantes urbanos. Por si esto fuera poco, cada año ingresan a la fuerza de trabajo 400 000 jóvenes, hombres y mujeres, muchos de los cuales no encuentran empleo.

El problema se agrava cuando se considera que la mecanización de la agricultura genera desocupación y que es imposible organizar una agricultura eficaz que no esté altamente mecanizada; piénsese, por ejemplo, en el transporte de cosechas al mercado, la refrigeración, las fumigaciones aéreas, el bombeo, el enlatado, el ensilado, etc. Lo mismo puede decirse de la automatización en la industria.

Al fin de la segunda guerra mundial había en Estados Unidos alrededor de dos millones de mexicanos ocupados sobre todo en labores agrícolas. Su ausencia no hizo bajar la producción sino que, al contrario, ésta aumentó, lo que sugiere que era nula la contribución real de esos 2 millones, o sea que, sencillamente, se trataba de desocupados. Suponiendo que mañana los norteamericanos abrieran otra vez la frontera, no sería sorprendente que más de tres millones de personas emigraran en busca

del trabajo y salarios que aquí no encuentran. Su ausencia tampoco haría bajar el ritmo de crecimiento. Esto da idea de la gran magnitud del desempleo en México.

LA NUEVA POLITICA ECONOMICA

¿Qué se necesita para seguir una vigorosa política de ocupación plena? Que los dirigentes del país, el sector público, el privado, los intelectuales y la opinión pública se convenzan de que el destino de México, como el de cualquier país moderno, es convertirse en un país industrial, estructuralmente semejante a Italia, Japón o Checoslovaquia, o estancarse.

El hecho clave que hace factible una política que simultáneamente persiga la ocupación plena, el aumento de la tasa interna de acumulación de capital y la industrialización rápida; sin temor a la inflación, el hambre o a aumentar peligrosamente la dependencia del financiamiento extranjero, radica en que, *por primera vez en su historia, México dispone de cuantiosos excedentes de alimentos y de fibras vegetales y de la posibilidad real de producir lo necesario para alimentar y vestir a toda su población, utilizando en la agricultura menos trabajadores de los que emplea actualmente.* En otras palabras, la disponibilidad de mano de obra, más la disponibilidad de alimentos para todos, más la existencia de una gran capacidad no utilizada en la industria productora de bienes de consumo popular, significan que disponemos de un enorme potencial para crear capital con nuestros propios recursos: obras públicas, habitación, escuelas, centros de investigación y recreo, etc., sin los peligros, los temores y los sacrificios del pasado.

En la primera parte de este artículo vimos que México construyó presas y escuelas, sin depender del exterior, y que quien pagó por estas obras fue el pueblo, con su hambre. Ahora podremos dar un gran paso hacia la edificación de una economía moderna sin temor al hambre, con empleo y comida para todos.

Para ello, primero, debemos seguir haciendo lo que nos ha salido bien; segundo, capacitar nuestra fuerza de trabajo en las nuevas y cambiantes tecnologías y artes, y tercero, escoger e implantar actividades nuevas que generen al máximo ocupación y divisas.

Entre lo que nos ha salido bien está el desarrollo agrícola. Aquí, la etapa siguiente consiste en sustituir la exportación de café, algodón, trigo, etc., productos todos que se enfrentan a un futuro de grandes excedentes y precios ruinosos, por hortalizas, frutas, flores, ganado, carne, leche y sus derivados, y productos forestales, que tienen una demanda firme, crean más ocupación y son más lucrativos. Piénsese, por ejemplo, en el fabuloso mercado de hortalizas que comprende Estados Unidos, Canadá, Alaska y el Caribe. Este cambio, por supuesto, exigirá resolver complejos problemas de producción, mercadeo y distribución. Mas parece ocioso añadir que un sector agrícola tradicional jamás podría competir con éxito con países como Israel, Dinamarca o Estados Unidos.

En lo que respecta al desarrollo industrial, además de la expansión acelerada de industrias clave, como la pesada, la de la construcción, la generación de energía eléctrica y la del petróleo y petroquímica, cuyo crecimiento a tasas anuales en exceso de 10 % es vital, deberemos fomentar el establecimiento de plantas maquiladoras y ensambladoras en las zonas fronterizas; igual que el de otras industrias de carácter menos impresionante pero que forman parte de los requerimientos de la vida moderna, como la industria cinematográfica y la editorial.

Las plantas maquiladoras y ensambladoras de las zonas fronterizas reciben facilidades fiscales para importar maquinaria y equipo a condición de que sus productos salgan fuera del país, y combinan tecnologías avanzadas, sobre todo en la industria eléctrica y electrónica, con mano de obra local. Estas plantas han contribuido notablemente a aumentar la ocupación y a capacitar personal en Hong Kong, Corea, Formosa y Filipinas. En México se han establecido, desde hace 2 años, 124 empresas que emplean 12 000 obreros, y han invertido algo más de 10 millones de dólares. Las posibilidades de expansión de estas industrias son enormes.

Respecto a la industria editorial, deberíamos aspirar a que México destaque más en el mundo de habla hispana. Lo mismo puede decirse de la industria cinematográfica que le ha dejado a México muchas divisas y una imagen cruel y pintoresca que ha estimulado el turismo, pero que tristemente insiste en producir, *ad nauseam*, variaciones de "Allá en el Rancho Grande".

En lo que se refiere al turismo, dentro de dos años empezarán a operar comercialmente los aerobuses con capacidad para 490 pasajeros y tarifas baratas y después vendrán los aviones supersónicos, en tanto que las facilidades de transporte por tierra seguirán mejorando. Por muchas razones, los otros países de América Latina no competirán con México a corto plazo a causa de las grandes distancias, y la falta de aeropuertos, hoteles y demás instalaciones. Los europeos que vuelen a América harán una breve escala en Estados Unidos, para después buscar solaz en nuestra belleza primitiva y accesible que tanta publicidad recibió durante la Olimpiada. Multitudes de japoneses nos visitarán en busca de exotismo, igual que nuestros hermanos de América Latina, atraídos en parte por la imagen que difunden nuestras películas y canciones.

En once años el turismo en España pasó de 3 a 19 millones. Si no se presenta una depresión mundial, los turistas que vengan a México pasarán de 10 millones al año en la década de los setenta. Esto contribuirá enormemente a obtener parte de las divisas esenciales para consolidar la industrialización.

Queda, por último, la tarea más difícil e importante: la educación y capacitación de la fuerza de trabajo, que dará impulso a la investigación, a la adopción de nuevos métodos productivos y de formas de organización social más avanzadas. Si cumplimos todos estos requisitos, el milagro mexicano del desarrollo materializará. El ingreso *per capita* pasará de un mil dólares al año en 1980, y la gran mayoría vivirá en una sociedad moderna de consumo masivo, en un Estado benefactor, casi como en la Suecia de hoy.

En la reunión de Cambridge aludida al principio de este artículo, presenté en esencia la misma tesis aquí expuesta sobre el pasado y futuro de la economía mexicana. Al terminar, otro profesor inglés me preguntó: "¿Pero no existe la posibilidad de que México siga los pasos de Argentina, en vez de los de Suecia, y que como aquélla, después de una etapa brillante de progreso que hizo llegar su ingreso medio por persona a cerca de un mil dólares, se detenga y aun retroceda económica y políticamente?" Esta vez tuve que ceder ante la metódica objeción. "Digamos —respondí— que la disyuntiva que se presenta a México es: por el lado positivo, algo como el Estado benefactor de los suecos, aunque más modesto y soleado; por el negativo, algo como el Estado malefactor de los argentinos o los brasileños."

Es decir, que en la medida en que no seamos capaces de crear una estructura productiva moderna que proporcione ocupación, alimentación y vivienda a las mayorías, será necesario recurrir a la represión para impedirles que tomen el poder.